

INSOLACIÓN DE LOS YA NO TAN JÓVENES

*Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer a hoy;
que ayer maravilla fui
y hoy sombra de mí no soy...*

Los teatros del Seguro Social tuvieron su época de oro: cinco largos, fecundos y esplendorosos años en los que desfilaron por los escenarios de sus dos majestuosos salones las más importantes creaciones dramáticas del ingenio humano. Se habló de mafias, de especulaciones, de derroches, pero nadie pudo o puede negar la labor que se llevó a efecto para acostumbrar al público a ir a ver buen teatro y a veces buenos actores y buenos directores. El Seguro Social construyó cuatro enormes teatros en la capital y uno en cada Estado de la República, en un ambicioso, loable empeño de tenerlos trabajando siempre. Mas de pronto, de la noche a la mañana, todo cambió: se disolvieron las compañías, los actores se quedaron sin trabajo, y con ellos los directores, los tramoyistas, los taquilleros, los acomodadores; los elegantes teatros fueron cerrados a piedra y lodo como conventos en época de la Reforma y el polvo y las telarañas fueron sus únicas escenografías. Dio principio una danza macabra de hipótesis acerca de quién o quiénes se harían cargo de los teatros. El Seguro Social, por medio de un patronato que se negó a dejar de existir, sostenía que los teatros seguían siendo suyos, mientras que la Subsecretaría de Asuntos Culturales de la Secretaría de Educación proclamaba a los cuatro vientos que ella era la única poseedora y su dirigente prometía los teatros a cuanta persona iba a solicitarlos, sin jamás concederlos. Así transcurrieron dos años, hasta que, de pronto, en el teatro Xola, en ese escenario donde *Las Troyanas*, y *Medea* y *Otelo* y *María Estuardo* triunfaron, vimos con espanto aparecer un Hamlet rojo y otro negro, y una vedette queriendo ser actriz en *Lecho nupcial*. En el Teatro Hidalgo vemos con náusea, en lugar de *El hombre contra el tiempo*, o de *Peer Gynt*, *La viejecita*, *Molinos de viento* y *La viuda alegre*. Los teatros de los Estados se usan para asambleas de sindicatos o entre-

ga de premios a niños aplicados, y en el Tepeyac y en el Batán las arañas y las ratas representan piezas de "gran guiñol" *Aprended flores, de mí...*

Corrió la noticia por el medio artístico y se vieron rostros sonrientes y esperanzados: ¡el Seguro Social estaba remozando el viejo Auditorio de Reforma y lo dejaría convertido en un teatro flamante y cómodo! ¿Quería decir eso que los planes antiguos del patronato iban a resucitar? Bien pudiera ser y entonces todo aquel que tenía deseos de montar una buena obra acudió a investigar los requisitos para hacerse del teatro con todo y subvención, lógicamente. Pero el Nuevo Teatro Reforma fue negado sistemáticamente a todo solicitante, hasta que, también de pronto, intempestivamente, Miguel Córcega anunció triunfalmente que le pertenecía por entero. Todos nos alegramos, puesto que conocemos de sobra el entusiasmo, la buena voluntad y el amor que Córcega y Bárbara sienten por el teatro en general y por el mexicano en particular. Pero ¡ay!, bien pronto esa alegría se convirtió en infinita tristeza al ver lo que Córcega eligió para re-inaugurar el flamante local. Cuando pensábamos que veríamos al fin *Los argonautas*, o *Los motivos del lobo*, de Sergio Magaña; o la *Medusa*, de Carballido, o la nueva obra extraordinaria de Luisa Josefina Hernández... nos topamos con "algo" que se llama *Los jóvenes asoleados*, de un autor nacional que ni es tan bueno como Magaña o Carballido, ni tan malo como Alfonso Anaya o Basurto, o sea que es la mediocridad misma. Pero después de haber visto su nueva comedia, ese concepto cambió por completo, y ahora pensamos que Anaya y Basurto son mejores que González Caballero. Y esta obra fue la elegida para el nuevo teatro del Seguro Social. *Lo que va de ayer a hoy...*

Los jóvenes asoleados viene a demostrar por tercera vez consecutiva que los autores mexicanos no nacieron para la comedia musical: primero *Rentas congeladas*, baldón sobre la carrera de Sergio Magaña; después *Las fascinadoras 66*, lo malo sublimado hasta el ataque de apoplejía por la hilaridad que causaba, y ahora "esto" que no sólo ofende la producción dramática mexicana desde el presbítero Ramírez en el siglo xvi hasta nuestros días, sino que ayuda con varias toneladas de granito a enterrar aún más el teatro mexicano en el gusto del público. Y

Sor Juana y Manuel Eduardo de Gorostiza, y Fernando Calderón y Peón Contreras, y Novo, y Usigli, y Magaña y Carballido, y Luisa Josefina y otros muchos autores nacionales ven con furia, con lágrimas, que su labor por elevar la producción dramática mexicana se ve opacada, diferida, hundida, por estos autores que piensan que en teatro se puede hacer lo que en la televisión y en el cine. Y el teatro mexicano exclama dolorido: *Que ayer maravilla fui...*

Los jóvenes asoleados es una comedia en verso. ¿Por qué no? Si Lope, y Tirso, y Alarcón y Sor Juana lo hacían, yo, y usted, y el señor González Caballero podemos también hacerlo y es muy sencillo, según nos demuestra el señor Caballero, a base de “aleluyas” de pastorelas. Por ejemplo: “Me asomo a la ventana y veo a tu hermana”, “Voy por el camino vestido de solferino”, “Hoy es día de mayor alegría”, “Somos rete aventadones porque nos paga Morones”, y así hasta el infinito. A esta excelsa e ingeniosísima manera de rimar, se agregan chistes del viejo Tívoli, se intercalan comerciales de televisión, y en medio de una anécdota descabellada, absurda, infantil, pero muy pretenciosa, algunos números musicales inspirados en el Salón México, o en el Tenampa, o en el estilo amelcochado de Marco Antonio Muñoz, y una coreografía del Lírico o del viejo Follies. A todo lo anterior se agrega un galán atractivo, muy guapo y muy simpático como es Chabelo, se le pierde el respeto a las grandes figuras de la escena como Sofía Álvarez, se desperdicia el talento cómico de Polito Ortín, se obliga a hacer el ridículo a Carlos Riquelme, se vencen los complejos de Bárbara Gil, haciéndola aparecer en traje de baño, aunque proyecte lo molesta que se siente por no ser su línea de actuación; se confecciona a toda prisa una escenografía de cartón pintado como nacimiento de posadas, se agita bien todo eso y se arroja sobre un escenario, dando por resultado el fracaso más sonado, más comentado y más reído de los últimos tiempos. Esto último sólo entre el ambiente teatral, pues el público, con ese olfato de sabueso que posee, se ha guardado muy bien de asistir. Ese es, pues, amigos lectores, el estado del teatro mexicano y de los teatros del Seguro Social. *Y hoy sombra de mí no soy.*

19 de febrero de 1967